

Estimado lector/a:

Gracias por descargar este artículo. El texto que está a punto de consultar es de acceso libre y gratuito gracias al trabajo y la colaboración desinteresada de un amplio colectivo de profesionales de nuestra disciplina.

Usted puede ayudarnos a incrementar la calidad y a mantener la libre difusión de los contenidos de esta revista a través de su afiliación a la asociación AIBR:

<http://www.aibr.org/antropologia/aibr/socios.php>

La asociación a AIBR le proporcionará una serie de ventajas y privilegios, entre otros:

- 1 *Recibir en su domicilio la revista impresa, en Europa y América (tres números anuales).*
- 2 *Derecho a voto en las asambleas de socios, así como a presentarse como candidato a la elección de su Junta Directiva.*
- 3 *Acceso al boletín de socios (tres números anuales), así como la información económica relativa a cuentas anuales de la asociación.*
- 4 *Beneficiarse de las reducciones de precio en congresos, cursos, libros y todos aquellos convenios a los que a nivel corporativo AIBR llegue con otras entidades (incluidos los congresos trianuales de la FAAEE).*
- 5 *Promoción gratuita, tanto a través de la revista electrónica como de la revista impresa, de aquellas publicaciones de las que sea autor y que estén registradas con ISBN. La difusión se realiza entre más de 6.700 antropólogos suscritos a la revista.*
- 6 *Cuenta de correo electrónico ilimitada de la forma socio@aibr.org, para consultar a través de webmail o cualquier programa externo.*
- 7 *Promoción de los eventos que organice usted o su institución.*
- 8 *Opción a formar parte como miembro evaluador del consejo de la revista.*

IMPORTE DE LA CUOTA ANUAL: Actualmente, la cuota anual es de 34 euros para miembros individuales.

Su validez es de un año a partir del pago de la cuota. Por favor, revise la actualización de cuotas en nuestra web.

<http://www.aibr.org/antropologia/aibr/socios.php>

**MEMBRESÍA INSTITUCIONAL Y DEPARTAMENTAL:** Si usted representa a una institución o departamento universitario, compruebe cómo aprovechar al máximo la red de AIBR para su entidad: <http://entidades.aibr.org>



## CARMELO LISÓN TOLOSANA

Antropología integral.

Ensayos teóricos.

**AÑO:** 2010.

Madrid: Editorial Universitaria

Ramón Areces.

**RICARDO SANMARTÍN ARCE** | REAL ACADEMIA DE CC. MORALES  
Y POLÍTICAS.

## RESEÑA

Hay libros que se leen con el placer del hallazgo, del descubrimiento de una verdad presentida cuyo cuerpo tentábamos sin terminar de reconocerlo. Dar forma comprensible a un proceso de conocimiento sutil, rico, denso y penetrante en un objeto de estudio como el de la Antropología contemporánea no es una tarea fácil. Y más difícil es todavía hacer esa difícil tarea de un modo que resulte fácil al lector. No se trata solamente de saber escribir, sino de saber de lo que se escribe. Esta es quizá la principal virtud del libro. Lisón habla del conocimiento que elabora la Antropología desde una gran experiencia, desde una experiencia muy sólida, madurada a lo largo de una fecunda trayectoria profesional en el oficio de antropólogo. Los ensayos teóricos llegan como una fruta que cae por la enorme sustancia acumulada en su seno, por haber madurado plenamente, llenos de lucidez, como un homenaje que rinde, a sus ochenta años cumplidos, a esa dedicación de por vida al conocimiento antropológico.

La calidad del libro aumenta por su brevedad. Con 142 páginas Lisón repasa en seis capítulos las claves de la especificidad de la Antropología como saber humanístico y empírico, unido a su raíz etnográfica y comparativa, y lo hace basándose en su experiencia personal como antropólogo de campo. Las entradas de dicho índice ya nos alertan de dónde

pone Lisón su mayor atención al reflexionar sobre lo hecho en el campo durante tantos y tan fértiles años: *creencia, cultura, emoción, espíritu, experiencia, hecho, humano, intención, lenguaje, lógica, perspectiva, razón, realidad, rito, significado, símbolo y valor*. De todo ello está hecha la vida que contempla el antropólogo en el campo, y a ello ha de plegar sus técnicas de investigación, su estilo de trabajo, su propio horario incluso, si quiere decir algo con sentido de aquello que ha captado sobre el terreno.

Ya en su presentación reconoce Lisón que el libro no es sino “re-memoración de un largo viaje de exploración etnográfica”, de su “experiencia de campo y reflexión escrita”. Por eso está detrás el grueso de su obra en la Galicia rural –7 monografías y un libro más, todas con varias ediciones– así como la densa y honda reflexión de su análisis documental de la historia y las creencias, de los ritos y los mitos en el total de sus otras obras. Está detrás la etnografía, pero muy presente la verdad del método a modo de lección aprendida no solo en Oxford, sino en el campo, “en diálogo interminable con hombres y mujeres a los que además, observaba en sus trabajos, diversiones, ritos de transición y postrimerías [ ] por sendas, prados, cocinas, tabernas y celebraciones en numerosas aldeas, pueblos y comarcas”. De sus informantes afirma: “Todos me han hecho pensar [...] me han enseñado [lo] que no se aprende en libros”.

Tras constatar el peso ineludible de la tecnología en la configuración de nuestras vidas, del valor de la ciencia en nuestra visión del mundo, Lisón coteja y compara Ciencia y Antropología. El rigor de la lógica formal, matemática, axiomática y deductiva, esquemas de explicación causal, búsqueda de determinaciones universales, precisión, univocidad, objetividad, cálculo, verificación, crítica, estándares de evidencia, justificación y garantía que cualifican la manera de conocer de la Ciencia, los contrasta Lisón con la manera propia de la Antropología en la que “ni deducimos, ni matematizamos, ni buscamos realmente causas ni partimos de apriorismos”. Según el método que comenzaron a desarrollar los *umanisti* del siglo XV su atención centrada en la experiencia humana se desarrollaba desde “un escrutinio crítico con especial atención al detalle y a la reflexión general sobre la realidad humana y su dignidad”. Siendo el hombre un ser consciente de lo que es, el énfasis que cualifica la Antropología como estudio de lo humano es “la investigación de los sistemas culturales en las formas sociales y éstas en aquéllos, o más concretamente, la sociedad en la cultura y la cultura en la sociedad”.

En el capítulo segundo, insistiendo en el empirismo del estudio de lo humano en sus realidades observables y cognoscibles de la experien-

cia, destaca cómo “la experiencia transforma lo dado en algo significativo [...] Donde hay palabra y experiencia hay significado”. Es éste el concepto que concreta el objetivo de esa peculiar caza que realiza el antropólogo en el campo. Buscamos significado. “La acción, el gesto, el suceso [...] nos dice qué significan para quién si lo sabemos leer [...] Nuestro objetivo [...] es excavar en profundidad el significado semántico y el sentido textual de lo que investigamos”. Se trata de hechos que vienen adjetivados, que hacen presente lo ausente, que son producciones expresivas que cristalizan intenciones y fines. Por ello, “hacemos referencia [...] a la forma cómo todo está conectado a otras costumbres, ideas, normas y modos de comportamiento y procedimiento, al contexto específico, en una palabra, o cadena de implicación”. Esta perspectiva hace posible “hablar de los modos ónticos –modos significantes de existir– de las cosas, de los sucesos y fenómenos, de las instituciones, creencias y valores, del mundo cultural”. Así, “el universo todo es ontológicamente para nosotros un bosque de signos, esto es, de significados, intenciones y sentidos más que de objetos y cosas”. Con todo, “la cultura [...] tiene que ser estudiada en su condicionamiento material [...] pero sin olvidar que nuestras actitudes, creencias y valores son también objetivos [...] que] la apariencia, la duda, la perspectiva, la ambigüedad y la plurivalencia, la imaginación, la subjetividad, la emoción, los deseos e intereses son elementos esenciales de la realidad, elementos refractarios a consideración meramente objetiva [...] Vamos [...] de lo humano a lo humano”.

En el capítulo tercero subraya el modo social de la Antropología, ese modo, entre durkheimiano y orteguiano, en el que lo social irrumpe como “un hecho humano” que no se origina en nosotros, sino que “proviene de la tradición y de la costumbre”, en el que se destaca “lo impersonal, colectivo, contingente, irracional con frecuencia pero que se nos impone” y que, dada su manera de ser, pide ser estudiado de un modo específico. La práctica *in situ* del trabajo de campo “ni es fácil ni se aprende con simples recetas”. El “compartir experiencias” es necesario. Página a página Lisón vierte ese difícil aprendizaje que sólo se alcanza con la larga experiencia y que convence al autor de la necesidad de respetar la densa complejidad de lo real con el rigor de un buen artista. Penetrar en la trama de relaciones que otorga a la vida social su peculiar textura y en el entramado de símbolos y significados de la cultura local, en el que se apoyan los actores en su búsqueda de sentido, exige lucidez crítica y respeto ante la oscura alteridad de las cosas, desvelar la modelación que subyace en los hechos sin empobrecer, con la elegancia simplista de los *ismos* teóricos, la rica imprecisión, apertura y variabilidad de la historia.

En ello insiste el autor como cualidad del conocimiento antropológico porque así es lo humano. De ahí también la humildad del investigador cuyo trabajo “requiere adelgazamiento del yo [...] para potenciar al Otro y sus obras”. Ese respeto pide empatía, ponerse el observador en el lugar de las personas con quienes dialoga y cuya sociedad y cultura estudia, pasar por sus situaciones, presenciar y ser testigo de de su vida social hasta familiarizarse, como decía Geertz, con sus marcos del significado. Esa “pericia”, insiste Lisón, requiere “experiencia práctica y averiguar o llegar a saber, a conocer por experiencia”. Ese *estar allí* no es un simple estar, sino un diálogo y escucha abierta y sensible. “No se trata, ni mucho menos, de provocar [a los informantes] con un cuestionario estructurado sino de proponer un tema en diálogo [...] y descubrir los *patterns* que emergen”, y así captar sus razones y comparaciones, sus conceptos y categorías, “ideas, creencias y símbolos que destilan sabiduría de generaciones”. “El conocimiento nos viene del diálogo; el entender antropológico es dialógico e interactivo, un modo colectivo de entender que va más allá de interpretar un texto, porque el diálogo no termina nunca”.

Si en el anterior capítulo se centró en el “modo indicativo o social”, en el siguiente lo hace en el “modo subjuntivo u optativo o interpretativo o cultural”, un modo “saturado de intención, deseo y voluntad [...] el mundo de lo bueno y lo malo, del deber y de lo justo [...] el modo subjuntivo atesora la múltiple creatividad humana en acción, la efervescencia de la fantasía”, *eros* y *tanatos*, mito y rito, el esplendor, lo oculto, lo numinoso, la creencia, lo misterioso y sagrado. Todo ello lo razona el autor distinguiendo *Cultura* y *culturas*, la universalidad de lo humano y su historicidad y variabilidad local, el modo como la racionalidad se especifica en un contexto concreto, y cómo, tanto su dimensión cognitiva como la evaluativa, varían y exigen observación *in situ*, comparación y reflexión. Centrado en la lengua y la palabra, en su experiencia dialógica, no olvida los matices expresivos de los gestos, el valor del silencio y de la memoria.

Tras estudiar los dos modos, social y cultural, llega Lisón a la interpretación en el capítulo quinto. “El modo cultural nos introduce en un universo marcado por los caminos del espíritu en el que predomina no lo que físicamente es sino lo que es culturalmente, en el universo de las emociones, los valores y los símbolos [...] no podemos saber todo lo que queremos saber porque nos topamos con una persistente obscuridad [...] pretender decir lo inefable desde nuestra finitud, nos hace depender de la visión intuitiva, espontánea y fugaz, del argumento por analogía [...] todo lo cual hace necesaria, imprescindible, la hermenéutica interpret-

ación. Dilthey lo vio ya hace muchos años y Evans-Pritchard, E. Leach, G. Lienhardt y Lévi-Strauss lo mostraron en acción en sus monografías”, como también lo ha hecho Lisón en las suyas.

En todo ello ha visto Lisón la necesidad de interpretar, esto es, de “ir por detrás y más allá de la superficie y superficialidad de los datos etnográficos recogidos, de los textos [...], de los personajes y fenómenos buscando su estructura interna e indagando su significado y sentido –para los estudiados y para nosotros–, y descifrando las intenciones y deseos mentados e implícitos de los actores; interpretar es dar razón de sus obras y traducir sus representaciones”, “apropiación de una cultura o subcultura o forma cultural por otra”. Hay en todas las culturas una “sabiduría de vida”. “La racionalidad no es pura [...] es imaginativa [...] Todos interpretamos desde una situación humana [ ] ante lo desconocido e inesperado, ante la inseguridad y confusión ética, ante el azar y la enfermedad respondemos con y según los dictámenes de nuestra comunidad, deliberando y enjuiciando el problema desde criterios racionales”. “Este amplio modo discursivo [...] no implica abdicar del recurso al tribunal de la razón; nada es independiente de las fuentes de la evidencia. Analizamos qué datos justifican qué, qué hechos garantizan qué [...] pero tenemos en cuenta además que el fenómeno y el hecho forman un todo inseparable y que cada forma de evidencia distorsiona al imponer categorías simbólicas”. Se trata, pues, de “un modo de conocimiento que se adquiere por la experiencia de vida, por el hecho de haber vivido [...] No toda comprensión ni todo saber humano viene de la demostración. Esta facultad de enjuiciamiento experiencial [...] tiene en cuenta las condiciones y fragilidad de la vida humana y los límites de la razón, proviene de haber vivido en comunidad, en diálogo con el Otro”. Es más, “la *epieikeia* aristotélica sugiere que toda interpretación de lo humano tiene que estar regida por la equidad, por la deliberación prudente, por el buen sentido y la sensatez teniendo en cuenta no solo la letra sino el espíritu del procedimiento”. Se trata de algo “inherente a la *humanitas*”.

En el último capítulo Lisón da un salto final ampliando el arco de su horizonte para abarcar la generalidad del fenómeno humano y situar en la historia española y en la de la ciencia aquel inicio de la reflexión ante la diversidad humana en el que se funda la Antropología. Se trata de un proceso inacabado en la historia colectiva, en medio de la cual seguimos buscando “un cierto orden cognoscible”. Ese esfuerzo pensante, comprensivo y dialogante “tiene que re-evaluar y re-formular para salir al encuentro de sus nuevos problemas”. Esa apertura final de la tradición se acompaña de una *coda* que cierra el capítulo y el libro y que

recuerda el parlamento de Shylock, el judío de *El mercader de Venecia*, de Shakespeare: “¿Si nos hacéis un corte, no sangramos? ¿Si nos hacéis cosquillas, no reímos? ¿Si nos ponéis veneno, no morimos?”. Esa común humanidad la subraya Lisón reconociendo que “toda cultura se hace las mismas o similares preguntas esenciales [...] todas dan también [...] respuestas a los graves problemas que les preocupan [...] soluciones axiológicas que hacen sentirse seguros a sus miembros y que ofrecen un arco de opciones válidas”.

Leer el libro y hacer con él un alto en el camino de la reflexión antropológica es, sin duda una sabia elección que puede ayudar a todo investigador para recuperar esa distancia necesaria ante el propio trabajo que alimente la autocrítica y ayude a mejorar nuestra visión de los problemas humanos.